

Haciendo tiempo para matar el rato

Alguien definió a la Historia como la sucesión de los sucesos sucedidos sucesivamente. No pasa de ser una serie de palabras más o menos ingeniosa, pero que no resiste ni el más benévolo y superficial examen crítico.

Para la sucesión de los hechos es imprescindible que los haya. Para que algo suceda se necesitan hechos y éstos surgen de una actividad. Las consecuencias inmediatas de toda actividad moral del hombre, son la responsabilidad y la imputabilidad.

Prescindo del mérito o demérito y del premio o punitud que merezcan. La responsabilidad es una relación que va del sujeto al hecho. La imputabilidad es una relación de sentido opuesto: del hecho al sujeto. Una persona es responsable *de*, y un hecho es imputable *a*. Puede darse, indistintamente, la una sin la otra, y también que ambas coincidan.

Pero no es mi propósito referirme a los hechos. Prefiero dedicar mi disertación a lo que no se hace.

Si las matemáticas no mienten y dos signos negativos dan positivo, el no hacer nada es hacer algo.

Ese no hacer llena capítulos de la Historia. Es conocido el perro de Licurgo por no matar a la liebre, y José, más que por sus interpretaciones oníricas y previsiones de despensa, por no acceder a las provocaciones de la mujer de Putifar.

¿Alcanza la responsabilidad e imputabilidad a lo que pudiendo hacerse no se hizo? No es necesario adentrarse en un tratado de Etica, para contestar afirmativamente.

En los actos penitenciales de la misa, hoy, ya se confiesan los pecados por omisión. Y ya metido en materia religiosa, recuerdo al Asete que decía: ... y el no cumplirlos o demorarlos, notablemente, es pecado mortal, siendo la materia grave.

¡Gran virtud la diligencia! No justifican las discusiones de si son galgos o podencos. Sé de un perro de cuya raza nadie se ha preocupado: el del hortelano. De no haber estado los turcos a las puertas de

Constantinopla, las deliberaciones de Bizancio sólo los eruditos las hubieran conocido.

¡Con el tiempo y una caña! Hay situaciones en que la caña sobra. Basta con dejar pasar el tiempo. Se detiene el curso de los acontecimientos y, lo que no sirve, continúa vigente.

Muy razonable el grito de los taxistas: ¡Que hay luz verde!

Siempre recuerdo un dibujo de Gustavo Doré, ilustrando la Divina Comedia. Representaba un Infierno desolador. El me hizo comprender cómo la nada puede llegar a ser tanto.

R. Pasarín

